

## INSPECTORIA DE SAN JUAN BOSCO MADRID



Béjar, 15 de junio de 1959.

Queridísimos Hermanos: Trámites obligados de última hora nos forzaron a demorar la aparición de estas líneas de cara al público y en letras de molde, contra todas las previsiones, pronósticos y deseos del que las suscribe, asumiendo plenamente la responsabilidad de su contenido.

Por segunda vez en mi vida de veinte años de Director cumplo con el triste deber de anunciaros la muerte de uno de nuestros Hermanos en religión y comunidad. El día 2 del mes de mayo del año en curso, y a las 11,30 de su mañana, descansó en la paz del Señor el Padre Catequista de esta casa

Rvdo. Sr. D. Antonio García Aguado, Pbro.,  
DE 53 AÑOS DE EDAD

Era natural de Alaejos, (Valladolid), hijo de una familia muy humilde. Según se desprende de ligeras y esporádicas croniquillas halladas al azar en su modestísimo ajuar personal, que exhumo y examino en cumplimiento de un deber prudencial de mi cargo, no exento de noble curiosidad; y más aún de eventuales confidencias al desgaire en sus muchos ratos de expansión familiar, encomendadas a mi memoria, quedó huérfano de padre y madre a los pocos años de venir al mundo, y, por ello, confiado a los cuidados de una familia acomodada, de parentesco cercano a sus allegados íntimos. Merced a la intervención de ésta y dado el porvenir incierto y oscuro del jovencito, desposeído, ya en tan tierna edad, de sus seres más queridos, logró incorporarse a una institución benéfica y caritativa, fundada, patrocinada y sostenida por una ilustre Dama de la alta aristocracia, hija del pueblo de don Antonio: la señorita Gonzala Santana, soltera, de rancio abolengo católico práctico, conocida de toda la vecindad con el simpático y cariñoso remoquete de la «Pollita de Oro», expresión elocuente de su distinguida posición económica en el campo social, y residente, según creo, la mayor parte de su vida en Salamanca.

Era condición indispensable para acogerse a tal beneficio ser natural de Alaejos, su pueblo natal, o de Salamanca, donde residía habitualmente, amén de acreditar posición económica débil por parte del aspirante, y ofrecer esperanzas de éxito en el usufructo de tal protección y amparo por parte de la fundación de referencia. Ella proporcionaba a los acogidos a su tutela, en número de medio centenar, comida, vestido y alojamiento, en forma totalmente gratuita y a sus expensas, con más el aval, tan cotizante, de, ya en posesión de la enseñanza primaria completa, optar libremente, y siempre a cargo de la «Pollita de Oro», una vez comprobada la aptitud e idoneidad del candidato por parte de sus Profesores, a la carrera que más se le acomodase, y más consonase con sus dotes, capacidad y preferencias. El que esto escribe fué testigo ocular en sus años de aspirantado en Salamanca del pleno funcionamiento normal de tan simpatíqüísima Institución.

Vinieron los tiempos turbios de trastornos y convulsiones políticas y sociales, y aquella hermosa obra desapareció. Varios frutos bien logrados y sazonados, al conjuro de tales benemerencias y prodigalidades a su favor, orientadoras de su porvenir en la infancia, ostentan hoy santamente ufanos y orgullosos su recia personalidad en carreras varias, y bendicen con ambas manos el alma prócer, que con tanta generosidad y santo desprendimiento cristiano y evangélico enfocó y decidió su porvenir en la vida, con destellos y trascendencia de eternidad. Nuestro buen don Antonio fué uno de los que jamás olvidaron una tal distinción a su favor. Jamás desperdiciaba ocasión de patentizarlo ante los descendientes de su egregia Bienhechora. Esta, además, según se desprende de crónicas vetustas halladas en los archivos de la casa, si la memoria no nos es infiel, inspiró y prohió, en parte al menos, la fundación de nuestro gran Instituto de María Auxiliadora en la capital charra, que hoy, al disponerse a conmemorar, con la máxima solemnidad y entusiasmo, sus bodas de oro fundacionales, mira con santo orgullo el largo camino recorrido, demarcado por jalones esbeltos de alto relieve y denso contenido de conquistas airoas en el campo cultural, religioso y social, acaparando por años y años la preferencia y exclusiva de tantísimos padres al pronunciarse en sus decisiones por la entrega en la educación de sus hijos.

Nuestro Padrecito Antonio fué uno de los que, ya en posesión del título de Maestro, gracias al apoyo de tales prerrogativas y al amparo de la Institución, sopesó detenidamente los pros y los contras al tiempo de enfocar definitivamente su porve-



nir en la vida y enamorado del trato y exquisiteces del sistema salesiano, no titubeó en inclinarse a nuestra Obra, y, llegado el tiempo, dar su nombre a la Congregación, superadas, valiente y victoriosamente, no pocas pruebas y dificultades opuestas a su inquebrantable decisión.

Omito, por amor a la brevedad, detalles relativos a sus andanzas, en nuestras casas exhumando datos y fechas. Doquier alentó siempre un entusiasmo loco por nuestras cosas y marcó su paso con una estela de optimismo desconcertante. Ignoro detalles mil, que nada difícil me fuera inquirir y averiguar para nutrir estos apuntes biográficos. La concisión es una llamada inexorable, que se atraviesa a cada momento, obstruyendo, implacable, el paso a los puntos de la pluma. Ya en la prensa local, al calor de la ebullición y tensión espiritual estridentes provocadas por la muerte de nuestro don Antonio, hube de enfocar su personalidad bajo diversos puntos de vista, habida cuenta de los lectores. Plumas propias y extrañas se han deslizado, ágiles y sueltas, sobre las cuartillas en este pueblo, impulsadas por una necesidad ineludible, sometiendo, generosas, la simpática figura del finado, en sus distintos aspectos, a la consideración interesada y expectante de sus lectores. Claro que aquellos conceptos y expresiones quedan casi en su totalidad vedados al ambiente de esta carta necrológica, por la razón aludida y no es lícito traerlos aquí a colación. Le comencé a conocer y tratar en la intimidad en los años lejanos de nuestra convivencia familiar con nuestros aspirantitos, hoy ya Salesianos, en el Paseo de Extremadura de Madrid. Llevaba en esta casa de Béjar ocho años bien corridos. En ella debatía sus no escasas ni pequeñas aptitudes y expandía sus actividades doquiera hubiera un hueco que llenar, al compás de la obediencia, que jamás rehusaba. Nunca un movimiento desabrido ni un gesto destemplado, que pudieran empañar o sombrear la ejecución de una orden. Si algún roce inevitable pudiera originarse al correr de los tiempos con el Superior o alguno de los hermanos, pasada la llamarada momentánea, lo daba por no existente. Tras una discusión acalorada en defensa de su opinión, deponía fácilmente sus apreciaciones y puntos de vista personales, en aras de la concordia y de la paz. Abierto y sencillo con todos, con una alegría y franqueza encantadoras, sabía ganarlos a todos, chicos y grandes, prendidos en la simpatía de su carácter. Nada de suspicacias, reticencias ni menoscabo en la sinceridad abierta de su trato, ambicionado por todos. El le servía de anzuelo misterioso para captar las almas y llevarlas a Dios. Vivaqueaba por las calles de esta población fabril, robando la amistad y cariño de todos sin distinción. No se recataba de manifestar su alegría y satisfacción de vivir en Béjar. Sabía hábilmente sobreponerse a las inevitables pequeñeces, que, a veces empañan el horizonte de la vida por un «quítame allá esas pajas», conceptuando montaña lo que no pasa de ser un granito de arena. Cuántas veces el pobre Director vió disipadas como por ensalmo ligeras nubecillas, por su modo de producirse, siempre alegre y jovial. ¡—Qué consuelo para el Director, en sus inacabables afanes y solicitudes por tener contentos a los buenos hermanos, verse correspondido con estas muestras de adhesión y cariño, ahogando, llegado el caso, ligeros brotes de suspicacias y desvíos, provocados por apreciaciones y puntos de vista no siempre acordes con la realidad de la vida y de las cosas, y echando tierra sobre pequeñeces mezquinas, que a nada conducen y roban la paz —! ¡Dios los bendiga, como ellos son la bendición de la casa!

Característica bien acusada de nuestro Padre Catequista, que no puedo ni debo pasar por alto en este ligero bosquejo biográfico, era su amor a la pobreza y economía, así como su delicadeza y escrupulosidad en rendir pronta y fielmente cuenta de su administración, si por acaso en el movimiento complicado de la casa alguna diligencia económica de la misma quedaba momentáneamente confiada a su tutela. No creo se fuera a la cama ninguna noche con dinero en el bolsillo, que acreditara su condición de propietario. Era también sumamente cuidadoso y detallista en sus enseres personales, que cuidaba con el mayor esmero y limitaba al máximo sus exigencias en los gastos.

Por otra parte su habilidad y desparpajo en el trato social le capacitaba, de acuerdo con el Director, para abrir, incansable, ciertas fuentes de ingresos, no inapreciables en el inevitable desgaste del cotidiano vivir, que la administración de la casa cotizaba en su justo valor. No será excesivamente aventurado pensar que en lo sucesivo habrá que lamentar un ligero flanco al descubierto difícil de llenar con la desaparición de don Antonio.

Aquí discurría su vida actualmente en plenitud de facultades: alegre, fecunda y feliz. Nada nos podía hacer presagiar, al empezar el curso, ya agonizante, que habrían de quedar truncadas sus ilusiones y las nuestras en tan escaso lapso de tiempo. Entrado el nuevo año de gracia de 1959, comenzó a resentirse de ciertas anomalías en el funcionamiento estomacal, sin dárles en principio mayor importancia, atribuyéndolo todo a reuma, crónica ya en él. El máximo esfuerzo para ultimar y matizar la fiestecita de la inauguración de nuestro nuevo y hermoso salón de actos en vísperas de la fiesta de nuestro Padre Don Bosco marcó huella imborrable en su físico, ya minado clandestinamente antes. En vista de la persistencia y contumacia del mal, le ordené se presentara a un competente especialista, con miras al oportuno dictamen facultativo. Apenas salido de la clínica el afectado, el prestigioso y caballeresco cirujano me dió por teléfono la voz de alarma, por haber apreciado en él una extensa zona invadida por un maligno tumor canceroso. Puestos en vilo todos por tal y tan esperado diagnóstico, se dieron inmediatamente cuantos pasos fueron precisos, a cargo de eminentes quirúrgicos, para ver de atajar el curso de la enfermedad, repetidamente confirmada en su pesimismo por todos los consultados. No voy a detallar por estar en la mente de casi todos nuestros hermanos. Internado sin demora en un acreditado sanatorio de la capital de la nación y sometido «in extremis» a un posible intento de intervención quirúrgica, que no hizo, comenzada, sino confirmar el avanzado derrotismo que la inspirara y prohibiera, hubo que suspenderla, ante la imposibilidad e inutilidad del proceso. Con la firme persuasión de parte del enfermo de haber sido operado con resultado positivo y satisfactorio, sin que ni médicos, ni enfermeros, ni salesianos se atrevieran a descubrir ante él la realidad del caso, por un elemental deber de compasión, muy humano, seguía nuestro don Antonio alimentan-





do, eufórico y optimista, una esperanza llena de su pronto y total recobro. Todo fué en balde. Trasladado, a los quince días de su estancia en Madrid, donde fué objeto de toda clase de solicitudes y atenciones, de parte de médicos, enfermeros, monjitas del sanatorio y nuestros buenísimos hermanos de todas las numerosas casas de allí, vino a ésta su casa de procedencia, por deseo suyo manifiesto, donde pasó el resto de sus días en un ambiente de delicadezas y mimos de parte de todos, que jamás podremos olvidar, sembrando su enfermedad en la casa, recludito en su habitación, él, que no cabía antes en ella, de una retahíla de compromisos de reconocimiento y gratitud de parte de nuestros incontables amigos, que nos aturden y nunca podremos pagar. Aquí sí que podría echar mano de testimonios fehacientes locales a porrillo para nutrir mi crónica con anécdotas sabrosas y no escasas de interés. Nada y de nada le faltó y de todo le sobró, con una prodigalidad inagotable, a cargo de la casa y de todos los buenísimos bejaranos.

Pero el curso del mal avanzaba sin remisión, y ya comenzaban a entibiarse en el doliente los humillos de pronta y cabal mejoría. Ante el matiz incontentible e inquietante del terrible cáncer, que era su mal, como dijimos, sintió el que suscribe el deber imperioso de conciencia de manifestarse en su presencia, ante el temor, no infundado, según informes facultativos, de algún posible colapso repentino, que le privara instantáneamente del sentido y de la vida sin sacramentos, y poner las cartas boca arriba, haciéndole notar, con toda delicadeza, la gravedad extrema de su estado. «Se ha hecho, le dijo, todo lo humanamente posible por rescatarte a las garras de la muerte. Eres querido y estimado por todos en la localidad, y todos se han desvivido y desviven por tí. Los niños se han superado y superan en noble emulación pidiendo por tu salud. Sólo nos queda la esperanza del milagro, que no siempre se prodiga a la medida de nuestros deseos, contraviniendo los designios de la Providencia. Dios te quiere a su lado y para Sí, y te considera maduro para el cielo». Ante la intimación paterna, ya no tan inoportuna e inesperada, aquellos ojos, gravados por el sueño, se abrieron desmesuradamente, a impulsos de un chispazo instantáneo, con fulgores de ultratumba, para, quizá, no abrirse ya más en la tierra y despertar en el cielo, y aquella boca, siempre abierta y franca a la carcajada, negó su sonrisa, ya para siempre. Plenamente convencido de ello, y recibida con entereza y gratitud la intimación, todo y de parte de todos se dispuso para el gran acontecimiento. Sabedora la vecindad y los no tan vecinos de nuestra decisión y la suya de administrarle los últimos sacramentos, un cortejo imponente de luces bordeó y delimitó el itinerario del Divino Huésped y Mensajero, de la iglesia a la cabecera del enfermo. Contestó éste, con la mayor entereza, Ritual en mano, a todas y cada una de las preguntas, que se le hicieron, y desde este momento, briosamente enfrentado con la muerte y de cara a la eternidad, se preparó al gran paso, y el día 2 de mayo, a las once y media de la mañana, expiraba plácidamente, rodeado de todos sus hermanos de religión, que, ante la inminencia prevista del desenlace, exonerados ya de la atención a los niños del Colegio, enviados momentos antes a sus casas, tras la misa comunitaria en un silencio conmovedor, que contagió a toda la vecindad, habían acudido, solícitos y presurosos, a la cabecera del moribundo. Muerte envidiable. ¿Para qué añadir más?

Expuesto su cadáver, revestido de todos los ornamentos sacerdotales en un local amplísimo de la casa y de fácil acceso a la gente, fué visitado día y noche sin interrupción por toda clase de personas, que pasaban silenciosas y besando, reverentes, la estola, que pendía por ambos lados del léretro. Todos se disputaban el honor de velar sus restos mortales durante la noche aligerando al personal de la casa, ya abatido por varias noches de vela e insomnio, de ese peso.

El sepelio y funerales constituyeron una gran manifestación de duelo y adhesión al difunto y la obra Salesiana, que nos llegan al alma y jamás podremos olvidar.

Hoy sus despojos descansan en hermoso y artístico panteón, donación reciente del Excmo. Ayuntamiento a nuestra obra, en la entrada misma del cementerio. La misma proximidad a la puerta del sagrado recinto, al alcance y vista de todos, constituye un motivo más de recuerdo y oración en sufragio de su alma. Hoy nuestros buenísimos Antiguos Alumnos nutren a porfía en noble competencia listas interminables por alimentar posibilidades y dar vigor, luz y vida al artístico mausoleo, recamado de atuendo y alegorías salesianas, incrustados en blasones bejaranos, con ánimo de anotar firme a la pública faz la presencia de nuestra familia en la necrópolis, avivando y dignificando en la tumba el recuerdo de nuestros muertos. Alientan y activan esta diligencia, dicen, en tributo obligado de reconocimiento y gratitud a la gigantesca obra de regeneración cristiana y social de que se reconocen deudores, y así lo proclaman a boca llena.

Queridos hermanos: La casa de Béjar, de tan densa historia salesiana en los anales de este pueblo, por sus avances incansables, a través de casi quince lustros de existencia, ve hoy con dolor mermadas sus ya débiles facultades disponibles, por escasez de personal, con la desaparición de uno de sus más firmes puntales, y contempla con tristeza un hueco en sus filas no fácil de llenar, por ser en gran parte patrimonio de la experiencia y los años para entrar en sazón y plena madurez. Esperamos, no obstante, que, merced a la intervención en vida y muerte de nuestro querido Padre Catequista fallecido y en ambiente de tanta solera salesiana, broten vigorosos retoños de sólida garantía para llenar este bache momentáneo y siga su marcha arrolladora, en prosecución incansable de conquistas y triunfos en bien de las almas, al calorillo y savia regeneradores del espíritu de Don Bosco y su obra gigante.

Recomiendo nuestro difunto a vuestras oraciones, y os ruego no olvidéis en ellas las necesidades de esta casa, pidiéndolos asimismo en ellas un recuerdo por quien se profesa vuestro afmo. s. s.,

ANICETO SANZ YAGÜE, Pbro.,

DIRECTOR

Béjar, Junio, 1959.



